

Esta raíz alimenticia, cuyo uso está sumamente difundido en Africa, se come asada ó cocida, y entonces se asemeja á nuestras castañas.

La mayor parte de las lentejas de agua que arrastra el Chiré, son arrastradas á él por este pequeño río, y proceden de la laguna en que nace, la cual se llama Nyanja-ea-Motope, que significa *Lago de Cieno*; llámase también Nyanja-Pangono, esto es, Lago-Pequeño, al paso que la laguna del elefante se denomina Nyanja-Mukulú, esto es, Lago-Grande.

No pudiendo nuestro miserable vapor conducir todos los hombres que necesitábamos, nos fue preciso echar al agua los botes y embarcar en ellos parte de nuestra gente. Una tarde, uno volcó en la sombra, yendo en él un jóven que no sabia nadar y á quien no se pudo recoger; los restantes no sufrieron mas percance que un baño; pero la muerte de aquel pobre muchacho nos causó gran tristeza, la que vino á unirle á la pesadumbre que experimentábamos al ver que habíamos sido engañados por el constructor del *Ma-Robert*.

En Mboma, á los 16° 53' 30" de latitud meridional, vimos una enorme cantidad de arroz, que los habitantes se apresuraron á traernos, vendiéndolo á un precio sumamente módico; pero no pudimos comprar ni siquiera la décima parte del que nos ofrecían.

Por la noche, un menestral indígena nos dió una serenata que se redujo á varios cantos rústicos, pero gratos al oído, que acompañaba con extrañas notas que hacia producir á una especie de violin de una sola cuerda. Su propósito, segun dijo á los makololos, era tocar toda la noche, á fin de que le diéramos algo: una pieza de tela le bastó para darse por completamente satisfecho.

Una cordillera que nace en frente de Sena pasa á 2 ó 3 millas de Mboma, y se dirige luego al Nord-deste. El Malahué es su monte principal y en sus frondosas laderas están como suspendidas muchas reducidas viviendas. La hulla se encuentra á flor de tierra, y se muestra entre los peñascos.

A una y otra orilla, y en todos los senderos formados por los hipopótamos al salir del agua para ir á pacer, se ven trampas destinadas á cazar estos paquidernos. El hipopótamo es exclusivamente herbívoro; nunca lo hemos visto comer cañas ni otras plantas acuáticas; en los sitios en que tiene algo que temer no paca sino durante la noche.

A algunas millas mas arriba de Mboma encontramos á los 16° 44' 30" de latitud meridional la aldea del jefe Tingané, cuyo tambor guerrero reunió en breve algunos centenares de arqueros. Aquí los arcos y las flechas son de un trabajo mucho mas esmerado que los de las tribus que habíamos encon-

trado mas abajo. Fuimos bastante bien recibidos por aquellos naturales, los que nos trajeron todo cuanto tenían que vender, y cubrieron la orilla con sus variadas mercancías.

Presentóse entonces á nuestra vista el Pirone, montaña magestuosa á la que pusimos el nombre de Clarendon. Mas lejos aun, al Nord-ouest, la gran cadena de los Milanje tiene la forma de una esfinge no terminada, que mira al lago Chirwa. Dícese que allí nace el Ruho, que corre hácia el Sud-ouest, y confluye en el Chiré mas arriba de Tingané.

Un poco mas allá del Ruho comienza el Nyanja-Mukulú, la gran laguna de los elefantes, de los que en una sola vez contamos hasta ochocientos. Al escoger aquel pantano por refugio, dan claras muestras de sagacidad, pues no hay cazador que allí pueda alcanzarlos.

El elefante macho de la especie africana tiene una talla de 10 á 11 pies, y algunos pasan de esta medida. Diferénciase del elefante de Asia por la forma convexa de su frente, y sobre todo por las enormes dimensiones de sus orejas.

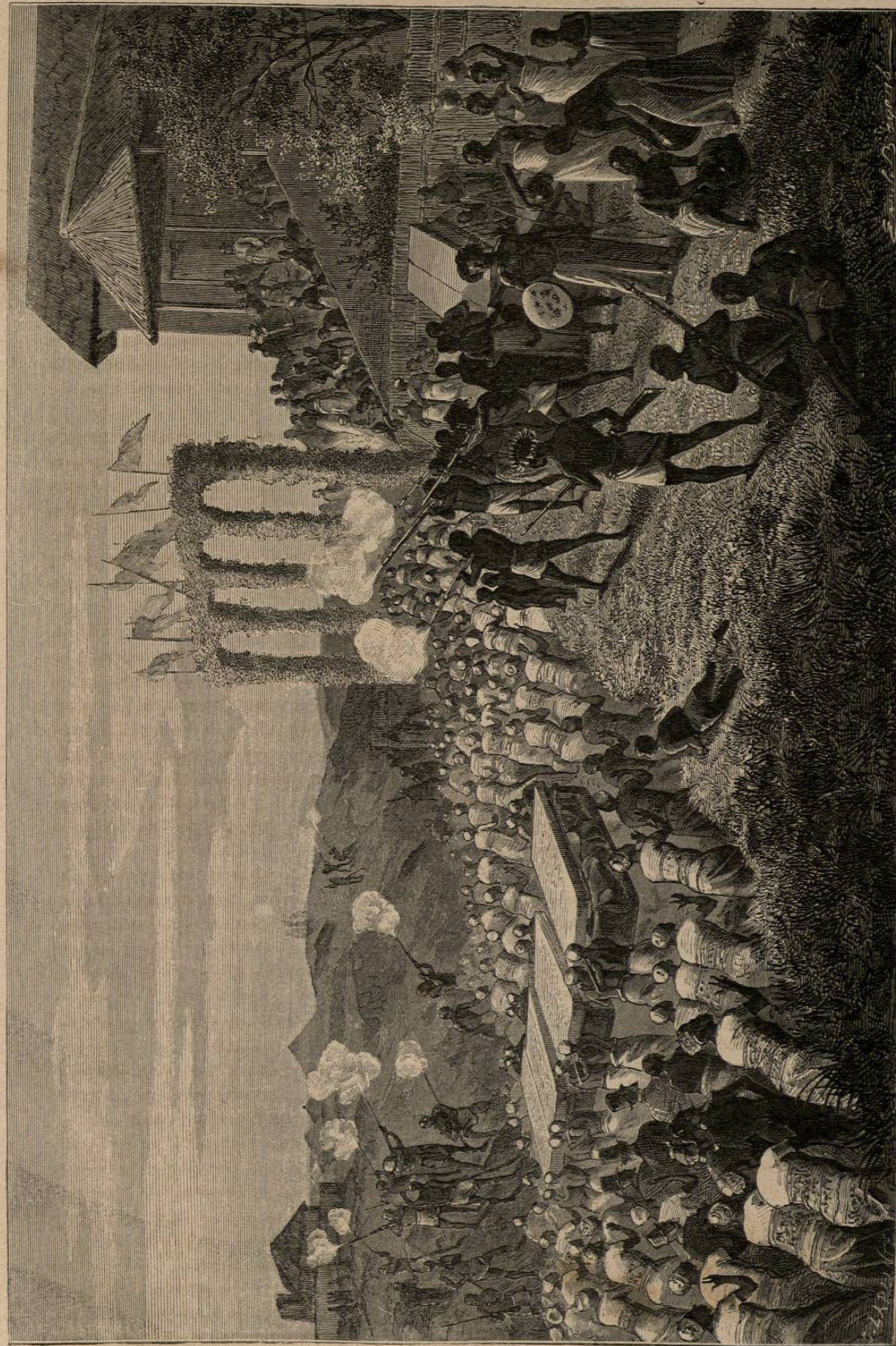
Partiendo de la laguna elévase el terreno y aumenta la poblacion. Pasamos por delante de una larga fila de cabañas provisionales, situadas en la llanura de la orilla derecha, donde gran número de hombres y mujeres trabajaba activamente en la estracion de la sal, producto que obtienen poniendo en una vasija que tiene un pequeño agujero, tierra que en aquellos parajes es muy salitrosa; échanle agua, que se escapa por la abertura, y luego la evaporan al sol.

Es digno de notarse que en todos los sitios donde, como aquí ocurre, la tierra contiene sal, el algodón es de hebras mas largas y finas que en las demás partes.

Mas arriba de las palmeras esmalta al río una serie de islas bajas y fecundas, muchas de las cuales están cultivadas y dan maiz en todas las estaciones, porque lo hemos visto en todos los grados de su desarrollo, desde el momento en que brota de la tierra hasta su completa sazón. Largas filas de bananos adornan los rios; sus frutos son abundantes y nos los vendían casi de balde.

Los cañaverales que á uno y otro lado ciñen el río están de tal manera entremezclados con convólulos y otras plantas enredaderas ó sarmentosas, que forman una verdadera muralla. Hermoso es ciertamente este laberinto de frondosidad reflejándose en las cristalinas ondas y salpicado de encantadoras flores; pero esta red de verdor es de tal manera espesa, que si por desgracia vuelca una embarcacion, es casi imposible ganar tierra.

En la orilla derecha se eleva una gran aldea: Maukokoucé que la gobierna y le da su nombre, posee muchas islas prodigiosamente feraces. Es además el je-



Una comitiva nupcial en Teté.



fe supremo de un importante distrito. Hombre de carácter sombrío y receloso, se negó á vernos, por lo que nos pareció mas acertado seguir nuestro camino que perder el tiempo en solicitar una audiencia.

El 25 de agosto llegamos á la isla de Dakanomoio, situada en frente de la escarpa perpendicular en que está colocada la poblacion de Chibisa. El jefe que le da nombre no residia ya allí, por haberse trasladado con la mayor parte de los suyos á la cercanía del Zambese; pero su sustituto era un hombre atento y ofreció darnos guías y los artículos que nos fuesen necesarios. Algunos de aquellos habitantes se dedicaban á cardar, escoger, hilar y tejer el algodón. Esto es muy comun en el país: cada familia tiene su pequeño taller algodouero, asi como en otro tiempo las familias escocesas lo tenían de lino.

En nuestra primera visita, Chibisa y su mujer dijeron muy afligidos al doctor que la partida de Chikasa les habia arrebatado algunos años antes una hija de corta edad, y que la pobrecilla, habiendo sido vendida, era á la sazón esclava en Teté. A nuestra vuelta á este punto el doctor hizo los mayores esfuerzos á fin de rescatar á la infeliz muchacha, para devolverla á sus padres, y al efecto ofreció el doble de lo que la esclava valia. Su amo no deseaba otra cosa, pues era un hombre atento, cortés y mejor que la mayor parte de sus compatriotas, y la hubiera sin duda restituido gratuitamente; pero la habia vendido á un miembro de una tribu lejana, quizá la de los bazilulús, pues no estaba seguro de ello, y fue imposible hallarla.

Es, en verdad, bien estraña la alucinación que hace encontrar á algunos individuos de la raza blanca palabras que en las Sagradas Escrituras justifican la esclavitud. Con el mismo fundamento podríamos encontrar en los países civilizados gentes que se propusiesen probar que la poligamia y otros escesos semejantes son de institución divina.

Excursion al Nyassa.—Altas tierras de los Manganjas.—Algodón.—El *pelelé* ó anillo de labio.—Bebedores de cerveza.—Lamentaciones fúnebres.—Creencia en la vida futura.—Pequeño lago de Pamalombé.—Descubrimiento del lago Nyassa.

28 agosto, 1859. Dejamos el *Ma-Robert* para marchar al descubrimiento del lago Nyassa. Nuestra partida se componia de cuarenta y dos hombres: cuatro blancos, treinta y seis makololos y dos guías.

Dimos á todos fusiles, pues esto contribuía á realzar nuestro prestigio, aunque no aumentaba nuestra seguridad, pues la mayor parte de ellos jamás habian manejado un arma de fuego, y es probable que si fuera preciso entrar en combate, sus fusiles fuesen mas perjudiciales para nosotros que para el enemigo.

Seguimos las márgenes de una encantadora cor-

riente que nos hizo atravesar el valle en la dirección del Nordeste. En muchos jardines se cultivaba excelente algodón. Una hora de marcha nos puso al pie de las montañas de Manganja, que hubimos de trepar.

Después de una marcha penosa nos detuvimos en el pueblo de un jefe llamado Chitimba, y que se encuentra en una sinuosidad cubierta de árboles de la primera de las tres mesetas de la montaña. Este pueblo, según la usanza de los Manganjas, está rodeado de una montaña tan impenetrable de euforbio venenoso, que sería difícil ver por fuera á las personas que cubre. La yerba no crece á la sombra de esta barrera gigantesca, y tal vez éste sea el motivo que ha generalizado su empleo. Merced á tal espediente, el enemigo no encuentra alrededor de las poblaciones los materiales que le sirven para incendiar las chozas, y las teas encendidas que se arrojan sobre el techo de las cabañas encuentran un obstáculo insuperable en esta muralla incombustible.

A imitación de todos los extranjeros, nos detuvimos bajo unos hermosos árboles plantados á la entrada del pueblo. Estendiéronse dos esteras fabricadas de cañas para que los blancos puedan sentarse, y el jefe nos trajo un *seguali* consistente en una cabra y un cesto de harina, en recompensa de lo cual dímosle percales y cuentas de vidrio cuyo valor escedia en mucho á lo que nos era ofrecido. El jefe midió la tela, la dobló en dos mitades y volvió á medirla. Las *perlas* fueron atentamente examinadas, y como nunca las habia visto de aquel color, le fue preciso pedir consejo á la gente de su séquito. Por último, después de repetidos exámenes y de mucha animada palabrería, el buen Chitimba concluyó por admitirlas.

Pasado este incidente fueron puestas en venta harina y guisantes, en retribución de lo cual dímos una pieza de percal azul, en cantidad suficiente para un traje completo de hombre ó de mujer. Sininyané, el jefe de nuestros makololos, creyendo que una parte de la tela era bastante para pagar la harina, se disponia á rasgar el pedazo; pero Chitimba le hizo observar que era una lástima dividir una pieza con la cual su mujer podría hacer un hermoso vestido; y dijo que prefería darnos masharina, y tenerla entera. «Muy bien, replicó Sininyané; pero la tela es muy ancha: añadid, pues, un gallo para que la harina tenga buen sabor.»

Los negocios se animan, cada cual quiere procurarse cosas tan buenas como su vecino, y todos se apresuran á traficar, llenos de alegría. Las mujeres y las niñas se pusieron á moler trigo, los hombres y los muchachos fueron á coger pollos y gallinas, y algunas horas después el mercado estaba lleno de toda clase de mercancías indígenas. Esto no obstante, los precios se sostenían, pues los espedidores se

comían sin manifestar pesadumbre, todo lo que no lograban vender.

Pasamos aquella noche debajo de los árboles; el aire era apacible y puro, y no habia mosquitos en las montañas.

29 agosto. Según nuestra costumbre, nos pusimos en pie al rayar el día, tomamos una taza de café y un pedazo de galleta, y emprendimos el camino. El ambiente era fresco y delicioso, y el camino algo menos penoso que el del día anterior. Vimos muchas viviendas en sitios pintorescos, y en algunas horas subimos á la tercera meseta, situada á 3,000 pies sobre el nivel del mar.

La meseta de que hablamos se estiende al Oeste de las montañas de Milanje, y desciende al Noroeste hacia el lago Chirwa. La magnificencia del país nos causó gran maravilla, y nuestra admiración se renovaba siempre que miráramos sus feraces llanuras, sus numerosas colinas y sus magestuosas montañas.

Habia escaramujos en algunos desfiladeros: esta planta, de la familia de las rosáceas, á pesar de su hermosura y número, ostentaba unas flores que nos interesaban menos que esos zarzales espinosos y sin gracia que nos traían á la memoria nuestra juventud y nuestra patria.

Atravesando las tierras altas, nos dirigimos hacia el Norte, lo que nos absorbió una semana. Bajamos luego al valle de Chiré, que está á 1,200 pies sobre el nivel del mar; valle muy fértil, que mantiene á una población numerosa.

Al abandonar la cumbre que forma la parte meridional de la cadena de los Manganjas, la montaña mas enhiesta que se descubre en la mole del Zomba es el Njongoné, cuya base septentrional está bañada por un río encantador.

El país de los Manganjas está perfecta y deliciosamente regado, pues por muchos cauces corren con abundancia aguas cristalinas y frescas. En una hora encontramos siete arroyos, y además una fuente; y esto, á fines de la estación seca.

El monte Zomba, cuya longitud es de 20 millas, y la altura de 7 á 8,000 pies, está fecundado en su vértice que forma un frondoso valle, por una hermosa corriente que va á desaguar en el lago Chirwa.

Los Manganjas habitan generalmente aldeas gobernadas por un jefe particular. Los habitantes son considerados como los hijos de este jefe, cuya autoridad puede estenderse hasta las comarcas vecinas. Los jefes subalternos de una provincia reconocen la soberanía de un superior, á quien llaman Rondo ó Rundo, y el tributo que anualmente le pagan es módico, pero le entregan un colmillo de cada uno de los elefantes cazados en su territorio. En justa recompensa, el Rundo está obligado á protegerlos con-

tra el enemigo y acudir en su auxilio en caso de ataque.

Gran pena nos causaba la abyección con que las mujeres de aquellas tribus se arrodillaban á nuestro paso; pero al llegar al territorio de Nyango este triste espectáculo dejó de atormentarnos. Habiendo dicho al jefe de una populosa aldea que los habitantes de tres pueblos sucesivos no habian querido admitirnos, nos contestó: «Poco importa; podeis dormir en mi casa.» Pidiéonos luego que permitiésemos venir á su mujer para que viese el reloj, la brújula y otras curiosidades. Vino, en efecto, seguida de sus compañeras, y dió muestras de tan clara inteligencia como de compostura. Su marido la consultaba siempre antes de resolver un negocio, y evidentemente tenia sus consejos en gran consideración.

La localidad en que se hallan situadas las poblaciones manganjas está siempre escogida con buen gusto y oportunidad; un riachuelo corre por sus inmediaciones, y las rodean árboles de frondosa copa, siendo muchas veces el jefe mismo quien los ha plantado. El *Boalo*, esto es, la plaza, está por lo regular situada á la estremidad del pueblo; tiene un circuito de 20 á 30 metros, en cuyo llano y limpio pavimento la higuera baniana y otros árboles esparcen una sombra benéfica. Allí van los hombres á sentarse durante el día, llevan los útiles de su trabajo, fuman tabaco ó cáñamo; y en las deliciosas noches en que brilla la luna, cantan, bailan y beben cerveza.

Pertenecen los manganjas á una raza activa y laboriosa, pues no solo trabajan el hierro y el algodón, fabrican cestos y esteras, sino que se entregan con gran afición á la agricultura, no siendo raro ver á todos los habitantes de un pueblo trasladarse á los campos y labrar con ardor, hombres, mujeres y niños, en tanto que los de pecho descansan á la sombra de un matorral.

El mapira ó dura-egipcio (*holcus sorghum*) se cultiva con esmero por los manganjas, así como tambien las habas, las aráquidas ó cacahuetes y el mijo. Véanse tambien en sus jardines batatas, arroz, calabazas, cohombros, yuca, patatas, tabaco y cáñamo. Siembran maiz todo el año, y hay pocos pueblos que no se entreguen á los trabajos relativos al algodón.

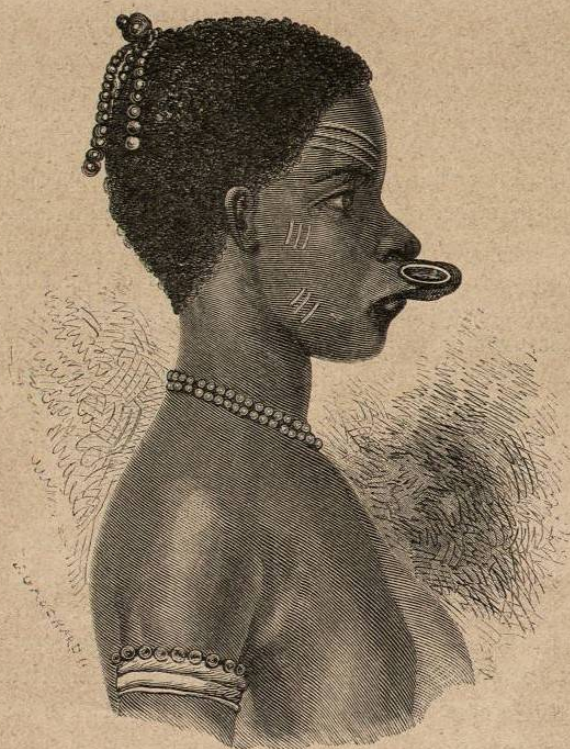
Tres variedades de este hemos encontrado en nuestro viaje: uno indígena y dos exóticos.

Diciendo á los pobladores de las inmediaciones del lago de Chiré que les sería muy conveniente recoger mucho algodón, porque los ingleses irían á comprarlo, Babisa, hombre que habia viajado mucho, nos respondió: «Pueden venir siempre que quieran, porque este país está cubierto de algodón, y seríamos muy ricos si nos lo comprasen.» Nuestros propios ojos nos han demostrado que Babisa no exageraba.

El trabajo del hierro, cuyo mineral se extrae de las



montañas, constituye la principal industria de la region meridional. Todas las poblaciones tienen sus fraguas, sus depósitos de carbon y sus operarios, que fabrican buenas hachas, lanzas, flechas y brazaletes, que, atendiendo á la falta de máquinas y á la escasez y mísera condicion de los instrumentos, son extraordinariamente baratos: así es que puede adquirirse un azadon que pesa mas de dos libras, por un pedazo de percal que solo vale 8 peniques.



Mujer con el pelelé.

dancia, y con sus fibras fabrican redes de que se sirven ó cambian por sal ó pescado seco. Estos dos artículos son, con el tabaco, el hierro y la peletería, objeto de un comercio activo entre los naturales de esta region.

Muchos de sus habitantes tienen un marcado aspecto de inteligencia, la cabeza bien formada, espaciosa la frente y el semblante agradable. Desde que nos hemos acostumbrado á ver el color negro, lo que no ha exigido mucho tiempo, ocurrenos con mucha frecuencia encontrar hombres y mujeres que se parecen á personas que hemos conocido en Inglaterra, y cuyas facciones nos recuerdan de una manera sorprendente.

Los manganjas, que profesan estremada afición á los atavíos, usan sortijas en todos los dedos, sin excep-

Los habitantes de las inmediaciones de Chirwa y otras partes se dedican mucho á la alfarería, y fabrican pucheros, tazas, grandes ollas en que guardan el trigo, y vasijas de toda clase que modelan sin torno, y que adornan con la plumbagina que sacan de las montañas.

Unos se entregan al arte de trabajar el mimbre, y hacen hermosos cestos con chapas de mambú; otros buscan *louazé* en las montañas, donde crece en abun-

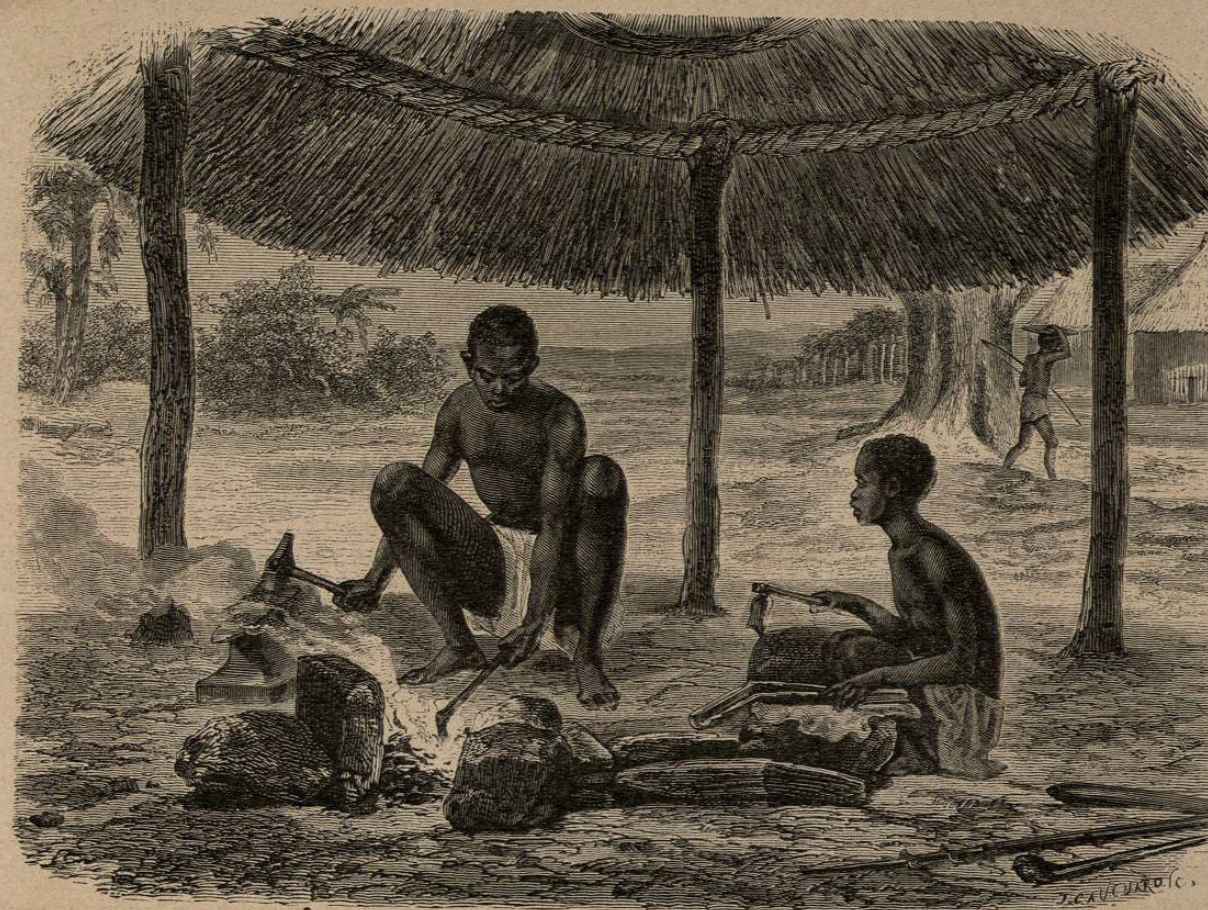
tuar el pulgar, collares, braceletes y anillos de pier-na, de laton, hierro ó cobre.

Pero el mas extraño de estos dices es sin duda alguna el *pelelé*, ó sortija de labio que usan las mujeres. En su niñez se les perfora el labio superior, cerca de las ventanas de la nariz, y en él se introduce una especie de alfiler de madera, para impedir que el agujero se cierre. Cuando los bordes de la herida se han cicatrizado, se retira el alfiler para ser reemplazado por uno mas grueso, y luego este por una clavija que se va agrandando sucesivamente hasta que el labio tiene bastante tamaño para que en él pueda entrar sin dificultad una sortija de dos pulgadas de diámetro. Ostentan este adorno todas las mujeres manganjas de las montañas, y es tambien comun en las orillas del alto y del bajo Chiré. En las

clases pobres es un disco ó anillo de bambú, y en las ricas, de marfil ó estaño. El *pelelé* de metal suele tener la forma de un plato; pero el de marfil se parece á un aro de servilleta.

No hay mujer que se presente en público sin este adorno, excepto cuando está de luto. No es posible formar idea de la espantosa fealdad de un labio que se prolonga dos pulgadas mas allá de la nariz. Cuando una mujer que por espacio de muchos años

ha usado un anillo de bambú puede sonreirse, el anillo y el labio que sobresale de él, contraídos hácia atrás por los músculos de la cara, se levantan hasta mas arriba de las cejas, viéndose entonces la nariz al través del anillo; y los dientes, descubiertos en tales casos, ponen de manifiesto el cuidado que se ha tenido de cortarlos de manera que formen punta, como los del gato y el cocodrilo. El *pelelé* de Chikanda Kadzé, anciana que desempeñaba las funciones de



Herreros manganjas.

jefe á 20 millas al Norte de Morambala, caía sobre la barba con el labio que lo sostenia.

No hay para qué decir que con semejante aparato es de todo punto imposible pronunciar convenientemente las letras labiales, á pesar de todos los esfuerzos del labio inferior, que se estira penosamente para apoyarse en la encía superior.

Cuando les decíamos que esto era horroroso, y que obrarian con gran cordura renunciando á tan absurda costumbre, nos respondian: «¡kodi!» (Esta es la moda).

«¿Por qué llevan las mujeres esos anillos?» pre-

guntamos un dia á un antiguo jefe, llamado Chinsunsé.—«Es indudable que los llevan para hermosearse,» nos respondió, asombrado de esta pregunta, en su concepto intempestiva. «Un hombre tiene barba, y las mujeres no; ¿qué seria, pues, una mujer sin *pelelé*? ¡Un ser que tiene la boca como un hombre, y no tiene bigote! ¡Ah! ¡ah! ¡ah!»

Así discurría Chinsunsé.

Mas adelante, en las orillas del Rovuma, encontramos hombres que usaban el *pelelé*, como las mujeres.

Los lamentos destinados á los funerales duran dos